



SEMANARIO POPULAR.

PERIÓDICO PINTORESCO

ADAPTADO A TODOS LOS GUSTOS Y AL ALCANCE DE TODAS LAS CLASES DE LA SOCIEDAD.

Núm. 16.

JUEVES 26 DE JUNIO DE 1862.

Los números del año forman un tomo de mas de 400 páginas de abundante lectura y preciosos grabados con una elegante cubierta.

4 CUARTOS EL NÚMERO.

Se publica todos los jueves y se remite á provincias el mismo día.
Se vende en los puntos de suscripcion.

Tomo I.

PRECIO DE SUSCRICION.

MADRID un año 24 rs., seis meses 15.—PROVINCIAS un año 26 rs., seis meses 14.—ESTRANJERO, CUBA Y PUERTO-RICO un año 50 rs.

SUMARIO.

UNA EMBAJADA RUSA AL JAPON. (Traducido del ruso).—ESTUDIOS SOCIALES: La Justicia y la Caridad, por Victor Cousin.—ESTUDIOS HISTÓRICOS: La influencia morisca en las costumbres españolas, por Florencio Janer.—ESCRITORES CELEBRES: Quevedo.—EL JURAMENTO DE ANIBAL.—EPISODIOS DE VIAJES: Los indios diaks de Borneo, segun el viajero inglés Frank S. Marryat.—EL CABALLO.—A UN AMIGO: poesia por José Gonzalez de Tejada.—NOTICIAS Y CURIOSIDADES: El nuevo libro del señor Milá y Fontanals.—La expedicion científica al Pacifico.—ESPLICACION de la clave enigmática del número anterior.

UNA EMBAJADA RUSA AL JAPON.

I.

La fragata *Ascolde* que habia sido puesta por el gobierno ruso á disposicion del conde Putiatine, llegó á su destino á tiempo que el tratado con la China estaba ya concluido y cumplida la mision del almirante. En estas circunstancias la fragata le hubiera sido completamente inútil al almirante, si este al saber que los japoneses habian concluido un tratado con los americanos, no hubiera juzgado necesario ir al Japon, con el fin de obtener para la Rusia, cuando menos, los mismos privilegios que habian alcanzado los americanos.

En las relaciones con los pueblos orientales, y principalmente con los chinos y los japoneses, influye mucho el llegar antes que los demás, para poder aprovecharse en las negociaciones de los beneficios de una libertad que aun no está limitada por las convenciones anteriores; pues los orientales hacen todos los tratados contra su gusto, porque no comprenden el objeto ni la utilidad de sus relaciones con los extranjeros y no consienten jamás en hacer la mas pequeña alteracion en las estipulaciones del tratado primero que han hecho, aun cuando este cambio sea en provecho propio.

El almirante debia apresurarse á ir al Japon, puesto que sabia que los embajadores francés é inglés tenian tambien intencion de presentarse allí.

Despues de haber hecho su provision de car-

bon en Nagasaki, el almirante se encaminó directamente á Jeddo.

Hace tres años era imposible pensar en acercarse á esta capital sin enojosos convenios preliminares y sin un permiso espreso del gobierno japonés. Cuando llegaron las fragatas rusas *Diana* y *Palas*, los japoneses tuvieron un temor extraordinario de que el almirante rompiese abiertamente con su ceremonial. El comodoro americano Parry arrebató, por decirlo asi, á viva fuerza su tratado de 1854, acercándose de improviso á Kanavaga (que está á 15 millas de Jeddo), y amenazando con aparecer en la capital, pero la llegada del almirante ruso no produjo ni admiracion ni miedo; únicamente los antiguos funcionarios del partido conservador fruncian el entrecejo y miraban de rajo á los rusos. Uno de los representantes de este partido, como el gobernador de Nagasaki lo habia hecho, se negó á ir á ver al almirante á la fragata; sin embargo, despues de algunas esplicaciones consintió en hacerle la primera visita, pero entonces el almirante que estaba deseoso de continuar su viaje, hizo que le dijieran que no deseaba su presencia. El gobernador de Simoda, donde el almirante se detuvo un dia, tuvo una conducta diferente; habiendo sabido que el almirante se hacia á la vela al dia siguiente de su llegada, se levantó á las cinco de la mañana para ir á presentarse á él. Para comprender bien este acto es preciso añadir que cuando la conclusion del primer tratado, este funcionario se hallaba entonces agregado al séquito del embajador ruso, y tenia frecuentes relaciones por lo tanto con los que componian la embajada. Su entrevista con el almirante fue muy original; desde el momento en que pisó el puente de la fragata corrió á su encuentro con los brazos abiertos y gritando con todas sus fuerzas: ¡Putiatine! ¡Putiatine! Cuando le regalaron una fotografia que representaba un grupo de oficiales de la *Palas* su alegría era casi un delirio.

Sin embargo, al saber que el almirante tenia intencion de ir á Jeddo, este japonés tan amable

manifestó alguna inquietud y rogó al almirante que le concediera dos ó tres dias para tener tiempo á lo menos de dar aviso de la llegada de la fragata, puesto que era el primer navío que iba á Jeddo sin pedir permiso para ello. Como esta circunstancia podia costar la vida al pobre gobernador, el almirante accedió á su peticion; asi, pues, permaneció tres dias en Simoda, y al cuarto ancló en Kanavaga. Como este puerto es mejor que el de Jeddo, el almirante decidió dejar allí la fragata y hacer por tierra el viaje hasta la capital.

El dia de la llegada del almirante, apareció sobre la rada un barco de vapor japonés que era de ruedas, se llamaba el *Konancomaré*. El Japon posee en la actualidad cuatro embarcaciones de guerra de construccion europea, dos corbetas de vapor, el *Jeddo* y el *Japon*, suministradas por los holandeses y armadas de 12 cañones, un barco de vapor, el *Konancomaré*, suministrado tambien por los holandeses, y un pequeño yacht imperial, el *Emperador*, regalado por los ingleses. Además de esto, un príncipe de la isla de Kionziou, posee una corbeta y un transporte.

Las negociaciones preliminares se verificaron sobre la fragata, y duraron próximamente dos semanas, despues de lo cual hicieron saber á los rusos que todo estaba dispuesto para la recepcion del almirante, el cual se encaminó á Jeddo.

Abria la marcha un alto funcionario japonés agregado al conde Putiatine por todo el tiempo de su permanencia en Kanagava y en Jeddo; despues iba el almirante con su comitiva; despues iban los palanquines, en que se sentaban cuando se hallaban fatigados, en cuyo caso los japoneses se colocaban en dos filas á los dos lados de los palanquines; el del almirante era llevado por cuatro hombres; los demás solo por dos. Los bagajes de los rusos cerraban la procesion y detrás iban los empleados de policia y dos hombres á modo de pregoneros que fueron gritando por todo el camino: ¡sairu! es decir, ¡salud!

Seria imposible imaginarse la multitud de gente que salía al encuentro de esta comitiva estrechándose en toda la longitud del camino. Como los holandeses no tienen derecho en el Japon de salir del palanquin, ni aun de asomar la cabeza por la ventanilla, es muy natural que los japoneses desearan ver un espectáculo nuevo para ellos, y acudían en masa para admirar á los europeos. Un viaje en palanquin por poco que dure es muy incómodo y fatigoso, por cuya razón los rusos iban á pié. Los japoneses les tocaban los vestidos y miraban sus botas; mientras mas se acercaban á la capital mas numerosa era la multitud, por lo que se vieron obligados á sentarse en los palanquines. Los rusos sabían que el Japon estaba muy poblado, pero nunca se hubieran imaginado que la población fuese tan numerosa; en toda la longitud del camino, en una extensión de cinco millas lo menos, fueron por entre dos filas impenetrables por decirlo así, de curiosos. Esto les hizo recordar los dichos de algunos viajeros que aseguran que solo la población de Jeddo cuenta mas de 5.000.000 de habitantes.

Es necesario advertir que el abastecimiento de este pueblo inmenso es á veces muy difícil y que las inmensas cantidades de trigo negro que cogen en el suelo tan fértil del Japon, bastan apenas para atender á sus necesidades, por cuya razón una de las cláusulas del tratado prohíbe su exportación.

Para abrirse el acceso del Japon, era necesario vencer la ignorancia y la obstinación, fortalecidas por los intereses personales de hombres que tienen gran influencia sobre el gobierno; estos hombres son los príncipes feudatarios que han comprendido desde luego que la aparición de los europeos destruye el sistema feudal en el Japon y pone fin á su independencia. La victoria obtenida por la conclusión de los primeros tratados en 1854, fue una victoria alcanzada sin efusión de sangre, pero una victoria incompleta; se necesitaba aun destruir hasta los últimos restos del misterio japonés, y hasta aniquilar los esfuerzos del partido conservador. Mr. Harris, cónsul americano en Simoda, emprendió esta tarea, y la llevó á efecto del mejor modo posible; verdad es también que las circunstancias le favorecieron, porque las personas colocadas al frente del gobierno, empezando por el mismo *siogun* no opusieron gran resistencia á la inauguración de las relaciones con los extranjeros. Sin embargo, el mérito de la obra de Mr. Harris es tanto mayor cuanto que durante las negociaciones no tenía ningún navio de guerra á su disposición. Relegado con su secretario en un país desconocido trabajó mas de un año en ello, y solo á fuerza de perseverancia y sin ninguna ayuda de su gobierno, logró el objeto que se había propuesto, obtuvo el permiso de hacer el viaje á Jeddo, hizo el tratado y llegó á ser presentado al *siogun*.

(La conclusion en el próximo número.)

ESTUDIOS SOCIALES.

LA JUSTICIA Y LA CARIDAD.

La filosofía moral y política es ó debe ser una ciencia de observación: debe propoerse recoger los grandes fenómenos de que se compone la vida moral de los individuos y de los estados, clasificarlos según sus caracteres esenciales, y mostrarlos bajo sus principios mas simples.

Una acusación general puede elevarse contra el mayor número de sistemas de moral, de legislación y de economía política, y es la de que se han dejado estraviar por la pasión de una falsa unidad, no habiendo reconocido mas que un solo principio en donde la naturaleza y las sociedades humanas han encerrado dos que se ligan íntimamente pero que difieren entre sí, como son la justicia y la caridad. A mi juicio es imposible que la mas pequeña sociedad viva y se mantenga un día con uno solo de estos dos principios, y por eso creo que todo sistema debe comprender ambos, pues que toda sociedad,

así como todo individuo, obedece á ambos á la vez.

Déseme la mas estensa declaración de los deberes y derechos del hombre y del ciudadano, y yo me encargo de probar que esta declaración puede basarse en la justicia y la caridad, y que es incompleta, si no da lugar á estos dos sentimientos naturales cuyo desarrollo mas ó menos armónico se patentiza en toda sociedad.

Para establecer bien estos dos órdenes distintos de sentimientos, así como su intervención en las sociedades humanas, dividiré este escrito en dos partes, una relativa á la justicia y la otra á la caridad.

I.

DE LA JUSTICIA.

El hombre materialmente tan débil y tan pequeño á la faz de la naturaleza, se siente grande y lo es, por la inteligencia y la libertad. Pascal ha dicho que el hombre es una caña que piensa; y que aun cuando el universo le destruyera, el hombre seria mucho mas noble que lo que le mata, porque el universo ignora su superioridad; y nosotros podríamos añadir, que no solamente el universo no conoce su poder, sino que lo dispone de él, siendo no mas que un esclavo de sus leyes irresistibles, mientras que lo poco que el hombre hace sabe por qué, y puede suspenderlo ó dejarlo de hacer, si tal es su voluntad.

El hombre realzado á sus propios ojos por el sentimiento de su libertad, se juzga superior á todas las cosas que le rodean, cosas sin mas valor que el que el hombre les da, porque no se pertenecen a sí mismas; el hombre se encuentra con derecho para ocuparlas, aplicarlas á su uso, cambiar su forma, alterar su arreglo natural y hacer, en una palabra, todo lo que quiere, sin que penetre en su alma ningún remordimiento.

El primer hecho moral que la conciencia atestigua, es pues, la dignidad de la persona relativamente á las cosas, dignidad que reside con particularidad en la libertad.

La libertad, que eleva al hombre sobre las cosas, le impone obligaciones con respecto á sí mismo. Si el hombre se atribuye el derecho de hacer de las cosas lo que le parezca, no por eso pretende pervertir el de su propia naturaleza, sino que por el contrario siente el deber de mantenerlo y de perfeccionar incesantemente la libertad que reside en él. Tal es la ley primera, el deber mas general que la razón impone á la libertad. Así, el capricho, la violencia, el orgullo, la envidia, la pereza y la intemperancia son pasiones que la razón manda combatir al hombre, pues que son contrarias á la libertad y alteran la dignidad de la naturaleza humana.

Los hombres, desiguales en fuerza física, en hermosura, en inteligencia, etc., son iguales en cuanto á la libertad, porque ningún hombre es mas libre que otro: todos hacen de su libertad un uso diferente, pero no por eso son mas ó menos libres, ni se pertenecen mas ó menos á sí mismos. Bajo esta condición y únicamente así los hombres son iguales; y al paso que se manifiesta esta relación natural, la idea magestuosa de la libertad mútua desenvuelve la de la mútua igualdad y la del deber igual y recíproco de respetar esa libertad bajo pena de tratarnos recíprocamente como cosas y no como personas.

El hombre tiene derechos acerca de las cosas y deberes acerca de sí mismo, y con respecto á los demás, tiene derechos y deberes que derivan del mismo principio. El deber que tiene el hombre de respetar á los demás constituye su derecho al respeto ajeno; en una palabra, nadie tiene otro derecho que el deber mútuo de respetarse entre sí.

No se debe confundir el poder con el derecho. Un ser podría tener un poder inmenso, como el del huracán, el del rayo ó el de cualquiera de esas fuerzas de la naturaleza, pero si no uniese á ese don la libertad, no sería mas que una cosa muy temible y horrorosa, pero

no seria una persona, ni tendría derechos; podría inspirar un terror inmenso, pero sin tener el derecho de hacerse respetar, por lo cual no habria deberes para con un ser semejante.

El deber y el derecho son hermanos, y su madre común es la libertad; nacen el mismo día, y crecen y perecen á la vez, pudiéndose decir, que el derecho y el deber no son mas que uno, un mismo ser mirado por dos lados diferentes.

No es cierto que los hombres tengan el derecho de ser igualmente ricos, hermosos y robustos, como tampoco el de gozar igualmente, en una palabra, el de ser igualmente felices; pues se diferencian originaria y necesariamente en todos los puntos de su naturaleza que corresponden al placer, á la riqueza y á la felicidad. Dios nos ha hecho desiguales en todas estas cosas, y de otro modo la igualdad es contra la naturaleza y contra el orden entero; pues la diversidad es, como la armonía, la ley de la creación.

La libertad, con la igualdad así definidas, engendra todos los derechos y deberes. El desarrollo mas íntimo del yo libre es el pensamiento. Todo pensamiento, considerado como tal en los límites de la esfera individual, es sagrado; y el pensamiento en sí, únicamente ocupado en la investigación de la verdad, es la filosofía propiamente dicha. La filosofía espresa en su grado mas puro y elevado la libertad y la desigualdad del pensamiento, y de este modo, la libertad filosófica es la primera de todas las libertades.

Otro desarrollo casi tan íntimo del pensamiento es la idea religiosa. Las religiones, como las filosofías, contienen mas ó menos de verdad, habiendo una que sobrepasa incomparablemente á las demás, pero todas tienen un derecho igual á su libre ejercicio, en tanto al menos que no contrarian la dignidad de la persona humana.

Una religion, que autorizase la poligamia, es decir, la opresión y el envilecimiento de la mujer, esa mitad de la humanidad, no podría sufrirse, así como tampoco debería tolerarse un culto que recomendando á sus fieles el observar entre sí la buena fe y la sinceridad, les dispensase de ellas para con los fieles de otro culto diferente. Lo mismo sucedería en toda congregación religiosa que impusiera á sus miembros la entera abdicación de su libre arbitrio prescribiéndoles el considerarse, con respecto á su jefe, como simples cosas inanimadas.

La propiedad es sagrada, pues que ella representa el derecho de la persona misma. El primer acto de pensamiento libre y personal es ya un acto de propiedad. Nosotros somos nuestra primera propiedad, es decir, nuestro yo, nuestro pensamiento y todas las demás propiedades derivan de esta y son su legítima consecuencia.

El acto primitivo de propiedad consiste en la imposición libre de la persona humana sobre las cosas: por este acto las hago mías, y desde entonces asimiladas á mí mismo, marcadas con el sello de mi persona y de mi derecho, cesan de ser simples cosas con respecto á los demás, y por consiguiente no caen ya bajo su ocupación y apropiación. Mi propiedad participa de mi persona; tiene derechos para mí, si puedo espresarme así, ó por mejor decir, mis derechos me siguen en ella y estos derechos son dignos de respeto.

Es difícil hoy día reconocer el fundamento de nuestros derechos. Una larga práctica nos induce á creer que las leyes, que despues de un tiempo inmemorial protegen nuestros derechos, los constituyen, y que, por consiguiente, si nosotros tenemos el derecho de poseer, y si está prohibido el arrebatarnos lo que poseemos, lo debemos á las leyes que han declarado inviolable la propiedad. Pero ¿es realmente así?

Si la ley establecida descansase sobre sí misma, si no tuviese su razón en algún principio superior, ella sola seria el único fundamento del derecho particular, y el espíritu satisfecho

no trataria de remontarse mas arriba, pero toda ley supone evidentemente principios que han sugerido la idea que la mantienen y autorizan.

Algunos publicistas han pretendido sentar el derecho de propiedad sobre un contrato primitivo; pero siendo asi puede preguntarse ¿cuál es la razon de ese contrato primitivo? La teoria que funda el derecho de propiedad en un contrato primitivo, no resuelve, pues, la dificultad.

Tambien se dice que un contrato es una estipulacion entre dos ó mas voluntades; pero de esto se seguiria que el derecho de propiedad es tan movable como el convenio de las voluntades. Un contrato fundado sobre este convenio no puede asegurar al derecho de propiedad una inviolabilidad que no está en él. Si por voluntad de los contratantes se decreta la inviolabilidad de la propiedad, un cambio de su voluntad puede tambien justificar un nuevo convenio, con lo cual la propiedad cesa de ser inviolable, puesto que puede sujetarse á diferentes investigaciones.

Comprender asi el derecho de propiedad, basarle sobre un contrato ó una legislacion arbitraria, es destruirlo. El derecho de propiedad no existe ó es absoluto. La ley escrita no es el fundamento del derecho, porque entonces no habria estabilidad ni en el derecho ni en la misma ley; la ley escrita tiene su fundamento en el derecho que le preexiste, que traduce y que consagra; pone la fuerza á su servicio, en cambio del poder moral que recibe.

(Se continuará.)

VICTOR COUIN.

ESTUDIOS HISTÓRICOS.

LA INFLUENCIA MORISCA EN LAS COSTUMBRES ESPAÑOLAS.

Si pudiéramos patentizar todo lo que la civilizacion española tomó de la arábiga, no solo en artefactos y utilísimos descubrimientos, sino tambien en conocimientos científicos y literarios cuando el resto de la Europa se hallaba sumido en la barbarie, no dudamos destruiriamos la comun opinion de que el roce y comunicacion fue estéril entre españoles y sarracenos. Mas, agenos aquí de semejante propósito, aunque seguros de que, como dice el señor Gayanzos, por grande que sea el odio y antipatía entre dos naciones, lo útil siempre se aprende, las mejoras se infiltran, y es una ley necesaria y casi inmutable que la mas adelantada de aquellas dos civilice á la otra, sin quererlo esta y aun sin sentirlo; rasguearemos únicamente los principales legados que del roce con los moriscos conservamos todavía en nuestros usos, trajes y costumbres modernas.

Infinitos son los recuerdos del pueblo morisco que hallamos á cada paso en nuestro órden social, en nuestro carácter nacional y en nuestros hábitos tanto públicos como privados. «Nuestros muchachos aprenden hoy el *Be á Ba* en las escuelas con los mismos gestos, tonillo y ademanes que en el tiempo de los sarracenos, y conforme se practica al presente en las escuelas de Asia y Africa. El uso que tenemos de decir *si Dios quiere*, nos ha quedado de los moros y es precepto del Corán: «y nunca digas sobre cosa alguna yo he de hacer esto mañana, sin (añadir) si Dios quiere. Sur 18, v. 25.» La costumbre de agregar en nuestras conversaciones la expresion *segun parece*, *sábelo Dios*, viene igualmente de la costumbre morisca, conservada todavía entre los árabes africanos que no dicen nada sin añadir: «Dios sabe mejor lo que hay.» Las *fiestas ó corridas de toros*, los *naipes*, el *ajedrez* y ciertos juegos infantiles de que hallamos vestigios en algunas provincias lo heredamos todo de los moros españoles, como tambien la voz de *alerta* de los centinelas (*al herdh*), las *postas ó correos de palomas* usados ahora por comerciantes y por enamorados, las *tiendas de campaña* y los *tambores*, de cuyos instrumentos militares se

usaba ya en los ejércitos de los almoravides cuando arribaron á la península en la primera mitad del siglo XI. Muchos de los *adagios* que no son mas comunes, los *jardines botánicos*, las *esteras* de todas clases con todos los usos á que se aplica semejante artefacto, las *espuelas ó acicates* de los ginetes, el estudio de montar á la *gineta*, y los *pretales* que adornan con flecos, borlas y campanillas el pecho de nuestros caballos, son asimismo restos de las costumbres de los moriscos. Si recorremos nuestras poblaciones y ciudades meridionales hallaremos en todas partes recuerdos y trazas moriscas que nos traen á la memoria la existencia y el triste fin de los miserables espulsos. Las *rejás* de los pueblos y ciudades de Andalucía tales como se ven en Granada y en Córdoba, en Lucena, en Montilla, en Fernán Núñez y en todas partes, nos revelan el origen mahometano de las mismas, como tambien nos revelan su origen muzlimico las *cancelas* y las *celosías*, las calles tortuosas, los *patios*, los *cármenes* y los *algibes*. El *palmoteo* para l'amar á los sirvientes en lugar de las europeas campanillas; la costumbre de sentarse damas y campesinas en el suelo cuando unas y otras acuden á los templos en Andalucía, en Aragón y en Castilla; el comer los labradores andaluces en sus cortijos con mesas sumamente bajas, y la manera de sentarse los alpujateros valencianos y catalanes con una postura verdaderamente oriental, son en fin usos moriscos que heredamos de la raza espulsa, y que á pesar de no conocerlos los escritores extranjeros que hablan de ella, porque no conocen tampoco nuestra historia ni nuestras costumbres, no perderemos jamás, encarnados ya como se hallan en el verdadero carácter nacional. Si en las habitaciones admiramos las *alfombras* y *alcáfitas*, los *divanes* y *sofás*, las *almohadas*, los *almohadones* y *cogines*, no podremos menos de recordar la influencia morisca en los adornos de los salones y estrados, hallando tambien igual influencia en los *baños*, que á pesar de usarlos ya los romanos, los arraigaron mas especialmente los árabes en nuestro suelo. En las *fajas* de colores de lana ó seda, en las *polainas* de cuero usadas por arrieros y campesinos, en ciertas prendas de vestir andaluzas, y en los trajes valencianos, hallamos recuerdos vivos de un pueblo que habitó entre nosotros durante largo período de años. ¿A qué atribuiremos el gusto especial de los andaluces en los adornos de sus vestidos provinciales, sino al mayor roce que con la raza morisca tuvieron sus bisabuelos? «Los moros, dice un escritor, desplegaban toda su riqueza y elegancia en trajes, armas y arreos de caballos. Jactábanse los señores y donceles de su gusto exquisito en combinar los colores de sus turbantes, fajas y aljubas y en deslumbrar con sus bordados y lentejuelas de oro. La riqueza de los atavíos era un motivo de emulacion entre las tribus, y una necesidad recomendada por la galantería y agradable á los ojos de sus enamoradas. Como las armas eran gala inseparable del caballero, veíanse pendientes de sus cinturas alfanges magníficos, labrados al uso damasquino con inscripciones del Corán ó cifras marciales y amorosas; los puños de filigrana, el forro labrado con finisimos bordados, las hojas de flexible temple. Sus puñales, sus lanzas con banderolas correspondian á esta riqueza, y como todo este lustre habria causado un desagradable contraste sin los correspondientes adornos del caballo, habia ginete que solo en jaeces tenia invertido un caudal considerable.» Y ¿qué hallaria de particular el lector en la esplendidez y lujo de la juventud morisca no menos que de los modernos andaluces, si supiese que los reyes moros de Granada consignaron en sus leyes un rasgo de galantería, ordenando que el oro y la plata empleada en guarniciones de espadas, lanzas, estribos y jaeces de caballos, como asimismo en brazaletes y adornos de señoras ó de esclavos no pagasen derechos á la Hacienda? Mas si los andaluces heredaron de los moriscos la riqueza y gusto de sus trajes, tambien heredaron su ver-

bosidad galante y *exageraciones* provinciales, pues los árabes tienen todavía generalmente la fama de chistosos y amigos de jocosidades. Si los oís, dice un viajero hablando de los moros, son capaces de hacer con toda comodidad treinta leguas diarias á pie. «Nosotros, aseguran aquellos infieles con imperturbable serenidad, aventamos á treinta leguas el humo de una pipa ó de la carne puesta en las parrillas, nos conocemos todos por las huellas que dejamos marcadas en la arena, y cuando un extranjero atraviesa por nuestro territorio le seguimos la pista, pues todas las tribus tienen su modo de andar diferente. Las pisadas de una mujer casada son diferentes de las de una doncella. Cuando nos escapa una liebre conocemos por las señales qué deja si es macho ó hembra, y en este último caso si está preñada ó no. Asi que vemos un hueso de dátil, conocemos la palmera que le ha producido;» y otras exageraciones del mismo jaez.

Mas importante influencia ejerció la estancia de la morisma en nuestra patria en las musas españolas, pues la reconquista del pais perdido, produjo, como dice Durán, la poesía de un caballerismo especial que tomó formas en los romances moriscos, ya históricos, ya novelescos, y que fueron la iniciacion de los mas modernos. «Comenzaron aquellos, ó á lo menos los que nos son conocidos, y tales como a nosotros han llegado, en el siglo XV; en el siglo XVI y parte del XVII llegaron á su apogeo ya revestidos de la parte de pompa oriental que aceptamos de los árabes directamente. Luego que nuestros caballeros y poetas vieron el pais libre de sus contrarios, se apoderaron con frenesí de los recuerdos que habian dejado, de manera que al leer los cantos de aquel tiempo nadie creeria que los moros no ocupasen la España y no la poseyesen todavía. Las guerras, los combates, las fiestas, los juegos, los amores, los celos y las pasiones, la expresion de los sentimientos y de las ideas, las galas, los trajes y aun los nombres: todo, todo en los romances moriscos es una escena completa, un retrato vivo y brillante, un espejo fiel de aquella parte de recuerdos que los moros nos dejaron cuando partieron á los desiertos de Berbería, y que amalgamados con los elementos de nuestra antigua civilizacion y los progresos de la nueva, formaron el sistema poético popular que predominó en España desde las tres últimas décadas del siglo XVI hasta el último tercio del XVII. Aunque los asuntos de estos romances fuesen fingidos, su espíritu era la misma verdad, no solo respecto á la época en que se inventaron, sino aun al de la anterior que intentaban reproducir embellecida. A nadie que los estudie filosóficamente se le ocultará la verdad moral que contienen, con solo observar la fácil inspiracion que los anima y vivifica. Allí se conoce desde luego que se imita, no ya un modelo extraño é indirecto, sino una segunda naturaleza creada por haberse combinado y asimilado elementos que anteriormente existieran aparte; allí se ve la manera como se modificaron é influyeron uno en otro dos pueblos diversos, y en fin, allí se percibe el influjo que ejerció el trato hostil, pero caballeroso y noble, en el espíritu de dos razas que muchos siglos se combatieron, mas que habitaban el mismo suelo sobre que guerrearon, y que á su pesar, y aun sin conciencia de ello, confundian y aunaban sus diferentes civilizaciones en cuanto eran compatibles.

La idolatría dedicada al valor individual bárbaro, pero generoso y en sí mismo confiado; la afición á duelos y desafíos singulares; el culto místico y apasionado rendido al bello sexo, eran las cualidades que caracterizaban á los descendientes del Norte. Pues bien, las costumbres hijas de ellas, aceptadas por los moros, templaron á pesar del Alcorán sus instintos celosos, modificaron sus hábitos guerreros, y les impusieron un espíritu caballeresco que antes les era desconocido. A la par que esto sucedia, nuestros contrarios nos comunicaron una parte de su amor á las ciencias y á las artes; su ostentoso lujo, su ferviente imagina-

ción, su inspiración lírica, su sutileza ideal, y otra multitud de cualidades que, á pesar de obstinada resistencia sostenida por el fanatismo religioso, llegaron á corregir nuestra barbarie y á formar entre musulmanes y cristianos una casi identidad de hábitos, costumbres y literatura que, si ellos míseros desterrados no pudieron conservar entre nosotros, dejó un indeleble sello que ni los siglos ni los cataclismos sociales han podido destruir.

(La conclusión en el próximo número.)

FLORENCIO JÁNER.

ESCRITORES CÉLEBRES.

DON FRANCISCO DE QUEVEDO.

Nacido en Madrid este excelente poeta epigramático y festivo al par que filósofo, y bautizado en la parroquia de San Ginés el día 26 de setiembre de 1580, vióse todavía niño privado de los cuidados paternos, pues falleciendo primero su padre y luego su madre, quedó bajo la tutela del protonotario de Aragón don Agustín de Villanueva. Desde muy temprano demostró la actividad de su talento grangeándose, apenas terminaba sus estudios en la famosa universidad de Alcalá de Henares, el aprecio de los hombres mas insignes, porque no solo aprendía los idiomas latín y griego, el hebreo, el árabe, el francés é italiano, sino que adquiría profundos conocimientos en las ciencias naturales, morales, políticas y sagradas. Su despejo natural, sin embargo, su sagacidad y penetración, eran también lo que principalmente contribuyeron en sus obras á hacerle conocido en toda Europa.

Pero como dice muy bien un biógrafo de Quevedo, si la naturaleza le hizo satírico, su estrella le puso en circunstancias de poder estudiar al hombre en todos sus Estados y condiciones. Con libre entrada en el palacio de sus reyes y con relaciones de amistad con los grandes, pudo ver la adulación (que es la mentira que negocia alabando ó la verdad negociando con la alabanza) desmintiendo la vileza de su origen con las galas de la elegancia y del decoro. Introducido en las inmundas bacanales, donde las mujeres perdidas y los hombres envilecidos rinden culto al vicio, ó en los garitos donde el crimen del robo no se atenua siquie-

ra con los rasgos del valor ó con los inconvenientes del peligro, conoció y estudió con su vista perspicaz y escrutadora, esos asquerosos miembros de la sociedad que tienen por hospital la cárcel y por cirujano el verdugo. En una palabra, cada uno de esos eslabones que forman la cadena de la humanidad y de los cuales el primero es el rey y el último el mendigo, fue detenidamente examinado por Quevedo en sí y en sus relaciones con los otros. De estos estudios prácticos del corazón humano, sacó por fruto el profundo conocimiento de

las flaquezas y ridiculeces de los hombres, y aprendió á retratarlos con el pincel del satírico, del moralista y del repúblico.

Amigo del duque de Osuna, virey de Sicilia y de Nápoles, tomó gran parte en los negocios políticos y diplomáticos de su tiempo, habiendo visto comprometida su vida en la conspiración de Venecia, que hizo correr tanta sangre extranjera. Pero aquí solo deseamos bosquejar el retrato de Quevedo como literato, pudiendo nuestros lectores acudir en busca de la excelente y completísima biografía y del concienzudo juicio de sus obras al tomo XXII de la Biblioteca de Autores Españoles, en donde los ha trazado con inimitable acierto, profundidad, erudición y elegancia el muy conocido académico don Aureliano Fernandez Guerra y Orbe.

Ansioso Quevedo de ostentar la universalidad de sus conocimientos dice otro de sus biógrafos, el señor Gil de Zárate, no hubo materia que no tocase y en que no ejercitase su incansable pluma. Desde el género mas serio y elevado hasta el mas festivo y bajo, no dejó de recorrer ninguno, y en todos nos han quedado muestras, así de sus grandes cualidades, como de sus lastimosos extravíos. Escritor ascético, político, moralista, histórico, crítico, satírico, ya ostenta su grande erudición en las sagradas escrituras y examina las mas altas cuestiones teológicas, ya procura unir la mas sana moral con la política mas sublime, ya reprende los vicios generales de la humanidad y los de su tiempo sirviéndose de fábulas y alegorías ingeniosas, ya maneja la sátira hasta con procaz mordacidad, ya descende á pintar costumbres y truhanadas de las clases mas abyectas del pueblo, no reparando en presentar las acciones mas sucias y reprensibles con poco decente lenguaje. Sin embargo, las producciones naturales y



Escritores célebres.—Quevedo.



El cartaginés Aníbal jurando odio eterno á los romanos.

legítimas del ingenio de Quevedo, son también en prosa, como lo eran en verso, las festivas y burlescas. En esta clase de escritos es en los que se encuentra como en su verdadero elemento; en ellos corre fácil su pluma; y cuanto de ella sale entonces es como de un manantial abundante, inestinguible, aunque no puro, siendo hasta sus defectos tan naturales en él, que desaparecería el sello característico de su estilo si ellos también desaparecieran. En sus obras serias se conoce siempre el estudio, el trabajo, el esfuerzo; y no parecen sino como una especie de espaciación que se im-

ponía por la licencia y obscenidad de sus escritos jocosos. Así, estas obras no son las que constituyen verdaderamente su fama y á no haber publicado otras, esta fama se hallaría en la actualidad harto oscurecida. En ellas hace á la verdad alarde de su gran saber: suele ser elevado y sentencioso; pero su elevación degenera en redundancia, sus sentencias por aparentar concisión se hacen enigmáticas; á cada paso se descubre el artificio; y por demasiado esmero pierde la fácil elegancia que presta á los escritos su mayor atractivo: además, cansa su excesiva erudición, el aglomeramiento de

citas y testos; y el estilo, aunque corriente y propio, no pasa de común, ofreciendo pocos rasgos en que campea la valentía y hermosura de la lengua castellana. Por el contrario, en sus obras festivas, es donde se muestra superior y grande ingenio; allí están las agudezas, las alusiones festivas, las metáforas felices, las imágenes vivas, las espresiones que han quedado como proverbios, y dechado de la frase familiar é idiotismos naturales de nuestra lengua. Osado en el manejo del idioma, le respeta poco, inventando voces y espresiones nuevas, que si no todas son aceptables por exó-



Episodios de viajes.—Danza guerrera de los indios diaks de Borneo.

ticas y extravagantes, otras han quedado como las mas propias para la sátira y el ridículo.

Las obras principales de Quevedo son: ascéticas; la *Vida de San Pablo*, la *Política de Dios y Gobierno de Cristo*, los *Tratados de la Providencia de Dios*; morales y políticas; la *Virtud militante*, la *Fortuna con seso*, el *Epitecto español*, el *Focilides*, la *Vida de Marco Bruto*; alegóricas: el *Sueño de las calaveras*, las *Zahurdas de Pluton*; festivas y satíricas: el *Alguacil alguacilado*, el *Entremetido y la dueña*, la *Visita de los chistes*, las *Cartas del Caballero de la tenaza*, el *Libro de todas las cosas y otras muchas mas*, la *Culta latiniparla*; novelas: la *Vida del gran tacaño*, etc.

EL JURAMENTO DE ANIBAL.

Anibal ó Hannibal, famoso general cartaginés, hijo de Amilcar Barca, nació en Cartago el año 247 antes de Jesucristo, y murió en 183 antes de Jesucristo. Este fue el hombre que durante mas de veinte años sirvió de espanto á los mas famosos vencedores del mundo. Nueve años contaba solamente cuando su padre, á quien habia querido seguir á España, le hizo jurar con toda solemnidad sobre el ara de los sacrificios, que conservaría odio eterno á los romanos. A la muerte de Amilcar, que tuvo por sucesor en el mando á su yerno Asdrubal, Anibal volvió á su patria, en donde permaneció cuatro años: tenía veinte y dos cuando pasó

á unirse al ejército cartaginés de España. Los soldados creyeron ver en él su antiguo é idolatrado jefe. En tres campañas sucesivas dió el jóven Anibal tan relevantes muestras de talento y de intrepidez, que al morir Asdrúbal en 219 le fue conferido el mando en jefe por unánime aclamación. Fiel á su juramento el jóven capitán no pensó en otra cosa mas que en romper la alianza hecha con los romanos, y con este fin atacó á Sagunto, aliada suya, apoderándose de ella despues de ocho meses de terrible y obstinado sitio, y despues de haber hecho prodigios de valor lo mismo los sitiados que los sitiadores. En uno de los asaltos el mismo Anibal tuvo que retirarse con el muslo atravesado por una saeta. El sitio de Sagunto fue uno de los mas memorables de la historia. Los romanos pidieron á Cartago que se les entregase á Anibal por haber violado su alianza, pero demorando la contestación al fin se declaró la guerra.

Anibal reunió un ejército numeroso y concibió el atrevido proyecto de atacar á los romanos en su país mismo, en Italia. Despues de haber asegurado el Africa y dejado en España á su hermano Asdrúbal con un buen ejército, se puso en el año 218 antes de J. sucristo al frente de 50,000 hombres de infantería, 9,000 caballos y 37 elefantes, atravesando los Pirineos para dirigirse al Ródano. Siempre victorioso, llevó á cabo el célebre paso de los montes Apeninos, y penetrando en la Apulia, llenó de consternación á Roma. En valde se presentaban á cerrarle el paso diversos y numerosos cuerpos

de tropa que los romanos le oponían temiendo la ruina del Capitolio: Anibal lo arrollaba todo, perseguía los cuerpos dispersos y parecía que muy pronto debia hacerse dueño de la primera ciudad del mundo. La batalla de Canas, en que sus tropas quedaron igualmente victoriosas, le abría las puertas de Roma. Pero la fortuna no quiso mostrarse mas tiempo propicia. El romano Scipion, imitando la táctica de su enemigo, llevó las armas romanas al Africa, y temerosa Cartago de los reveses de la guerra llamó á Anibal en socorro suyo. No tuvo mas remedio que abandonar la Italia, despues de permanecer en ella diez y seis años, por mas que lleno de despecho sentía no tener tiempo para terminar su obra, temeroso de lo que pudiese suceder en su amada patria.

Aquí cambiaba del todo su fortuna. En Africa se le recibía con entusiasmo y se le revestía de altas dignidades, pero bien pronto sus émulos se oponían á cuantas medidas aconsejaba, y deseoso de no servir de estorbo al senado, emigraba refugiándose á Tiro y á Bitinia, pueblos que respiraban funesto odio contra los romanos. Has a allí le perseguía el rencor de Roma, porque el senado de esta ciudad enviaba emisarios para prenderle y vengar en su persona las enormes y vergonzosas pérdidas que habia sufrido, y no sabiendo ya Anibal donde acogerse, anciano y sin el prestigio de sus tiempos de guerra y de conquistas, recurrió á un veneno para escapar de sus implacables enemigos. Dicese que le llevaba en una sortija, por lo cual se presume fuese el ópío,

cultivado desde tiempo inmemorial en las costas de Africa y del Egipto. Asi falleció Anibal, cuya vida habia respetado la guerra, y contra la que jamás habian conspirado sus soldados. En el mismo año 183 antes de Jesucristo murieron tres grandes hombres: Anibal, Scipion Filopemenes.

EPISODIOS DE VIAJES.

LOS INDIOS DIAKS DE BORNEO.

Entre los viajes mas recientes é interesantes hechos á Borneo y al archipiélago indico, se cuenta el que verificó el inglés Frank S. Marryat. En su visita á otro europeo que residia en Kuchin, refiere algunos episodios de las costumbres de los indios diaks. El aspecto de estos hombres es feo y desagradable, el color de la tez cobrizo, el cabello negro y largo, la nariz aplastada, la boca larga, los dientes puntiagudos. Hé aquí como explica aquel célebre viajero su ascension á la montaña de Sarambo:

«Al amanecer, dice, nos despertó una confusa gritaría, y asomándonos á ver lo que era, percibimos una partida de montañeses que ya habia llegado para conducirnos en el nuevo viaje. Los mas de aquellos indígenas no llevaban otro vestido que el consabido taparrabo, á escepcion de algunos que lucian una chaquetilla ó jubon encarnado. Sus armas consistian en el llamado *kris*, lanzas, zumbilines y escudos; eran esbeltos y de hermosa musculatura; caían el cabello hácia atrás hasta cerca de la cintura, y para evitar que pudiese venir sobre el rostro, lo sujetaban con un filete de yerba adornado con flores de la montaña.

Después de un alegre almuerzo nos dirigimos á pie hácia esta última, en número como de ochenta personas. Los guías rompian la marcha, seguidos de los europeos, que llevábamos cada uno un bambú como auxiliar indispensable; así, á guisa de peregrinos, comenzamos la ascension, que desde luego nos pareció sumamente penosa, como que el monte era casi perpendicular y teníamos que trepar á veces por un simple tronco á la altura de veinte ó treinta pies, en medio de profundos precipios, que atravesábamos otras sobre un débil bambú que nos servia de puente: todo lo cual causaba grande hilaridad á los indígenas montañeses; pues acostumbrados desde su infancia á estos peligros los miraban como cosa natural y despreciable.

Después de trepar por aquella colosal montaña y de esperar largo rato á los que se habian quedado rezagados, en cuyo intervalo pudimos contemplar á vista de pájaro el magnífico paisaje que se extendia en la llanura, llegamos hácia el mediodía á la primera poblacion situada en medio de una frondosa arboleda, cuyos edificios construidos sobre postes como los de las orillas del rio, estaban rodeados en toda su longitud de una estacada de bambú, y divididos interiormente en varios compartimientos habitados cada uno por una familia. Escoltados por una multitud de diaks bastante admirados de nuestra presencia, nos dirigimos hácia una casa edificada en el centro de la poblacion, y cuya arquitectura diferia notablemente de las otras. De planta circular, estaba ventilada por muchas claraboyas abiertas en el techo, que sostenian gruesos puntales. Subimos al salon por una tosca escalera, y casi estuvimos para retroceder al encontrarlos en la *Casa de las cabezas*, así llamada sin duda por las que pendian de las vigas, colocadas en hilera, y sujetas con cuerdas por la parte superior del cráneo. Estas cabezas estaban adornadas del modo mas fantástico y asqueroso: pedazos de madera pintados, imitando los ojos, se habian insertado en las vacías cuencas, lo cual les daba un aspecto repugnante! y lo mas extraño era que los cráneos se movian de continuo chocando unos con otros, impulsados sin duda por las corrientes de aire que penetraban al través de las claraboyas, resultando del choque la horrible movilidad de aquellos

dientes que parecian dotados de una nueva vida. La desagradable impresion que nos causó este extraño espectáculo, desapareció, sin embargo, al poco tiempo, y no tardamos en participar de una excelente comida en compañía de aquellos honrados caballeros.

Luego visitamos tres aldeas de la montaña de Sarambo, gobernadas cada una por un jefe distinto, pero subordinados todos al de la primera poblacion.

Por la noche concurrieron los habitantes á la *Casa de las cabezas*, para obsequiarnos con la ejecucion de sus danzas nacionales. La música se componia de dos grandes tambores de bambú, á cuyo pésimo sonido se adelantaron primero los hombres, vestidos en traje de guerra, y empezaron á blandir sus lanzas y escudos con los mas extraordinarios gestos, como si tratasen de herir á un enemigo imaginario, lanzando al mismo tiempo horribles ahullidos que entusiasmaban grandemente á los espectadores. Entonces entraron en baile las mujeres, ejecutando una especie de mojiganga en la que llevaban el compás con los pies y los brazos; y aquí creció de punto la gritaría, y aquellos ahullidos que tanto nos molestaban. El jefe Macuta nos suplicó después bailásemos tambien algo, y para probarles que no éramos los europeos menos belicosos, lanzamos á la palestra dos de nuestros marineros, los cuales ejecutaron el ejercicio de sable de un modo muy satisfactorio, arrancando á los indígenas estrepitosos ahullidos que sin duda hacian las veces de bravos y palmadas.

Pero ya el calor de las luces y las emanaciones producidas por tanta gente hacian insoporable la *Casa de las cabezas*, por lo que salimos á tomar el aire fresco de la noche.

Pronto anudé relaciones con un diak que me invitó á entrar en su casa, y me presentó á la familia. Componíase esta de unas cuantas muchachas rozagantes y un lampiño mozalvete. Toda la vestimenta de aquellas consistia en unas enaguas muy cortas que solo les llegaban á las rodillas: aunque de menor estatura que las mujeres europeas, sus formas eran bien acabadas, y mostraban mucha amabilidad en su trato y maneras; tenian los ojos negros y hermosos, la nariz algo achatada, la boca un poco grande, dejando ver en cambio dientes magníficos. El cabello sobre todo era de un negro soberbio y les caía en abundancia por la espalda casi hasta tocar el suelo; de seguro hubiera podido dar envidia á muchas damas de nuestra corte. Repartí, pues, entre aquellas bellezas indígenas el bizcocho que á prevención me habia metido en los bolsillos, no sin obtener en pago grandes muestras de reconocimiento.

Observando que el muchacho llevaba un collar de dientes humanos, me explicó su padre, por medio de signos pantomímicos, que eran los de un enemigo á quien habia muerto en batalla y cuya cabeza figuraba entre las de la casa consagrada.

Como ya era bastante tarde, me despedí de mis nuevos amigos dándoles la mano, lo cual causó suma hilaridad al bello sexo, para quien era esta una costumbre enteramente nueva; así es que luego me arrepentí de no haber optado por otro método, mas agradable, de dar las buenas noches; pues se me figura que los oscuros son un lenguaje perfectamente inteligible desde el ecuador hasta el polo.

A la mañana siguiente regresamos al rio, llegando abordo después del mediodía.

EL CABALLO.

I.

La mas noble conquista que el hombre ha hecho sobre la naturaleza, es la de ese arrogante y fogoso animal que divide con él las fatigas de la guerra y la gloria de los combates; tan intrépido como su dueño, el caballo ve el peligro y lo afronta; se acostumbra al fragor de las armas, lo desea, lo busca y se anima en medio de la lucha.—En los peligrosos placeres de la caza y en los ejercicios hípicas, brilla su

instinto admirable, viéndosele doblegar su voluntad á la del hombre, y dócil en medio de su fuego y de su bravura, someterse á la mano que le guía, precipitarse, moderarse ó contenerse segun su voluntad, pareciendo consultar sus deseos, y hasta adivinarlos y adelantarse á ellos; gozoso de escuchar la voz amiga que le escita en la carrera. Menos notable por la gracia y la nobleza de sus formas, su fuerza, su agilidad, su dulzura y su inteligencia, que por la docilidad con que pone todas sus facultades al servicio del hombre, este noble animal es el tipo mas perfecto de la abnegacion, no por la degradacion de un lazo involuntario, sino por una resignacion instintiva de las facultades físicas que ha recibido con un objeto determinado. No parece sino que ha renunciado á su ser, para no existir sino por la voluntad de otro, y entregándose sin reserva, no negándose jamás á nada, sirve con todas sus fuerzas y aun mas allá de sus fuerzas, y si se le lleva imprudentemente á la muerte, avisa con su instinto, pero muere por obedecer.

Tal es el caballo cuyas cualidades naturales se hallan desarrolladas por el arte. Educado y adiestrado para el servicio del hombre, rara vez le vemos en estado natural, y esta servidumbre parece tan universal y tan antigua, que desde los tiempos primitivos se nos representa siempre al caballo en estado de servidumbre, ya como compañero fiel del hombre en la guerra, ya tomando parte en sus ejercicios, en sus faenas y en sus placeres, ya sirviendo á las necesidades de la industria, ya á los útiles trabajos de los campos como poderoso motor de la agricultura.

Hoy no se encuentra el caballo en estado salvaje sino en algunas regiones del Asia y en las dilatadas *pampas* de la América meridional donde se ha multiplicado de una manera prodigiosa. Allí es donde puede estudiarse á ese hermoso animal, libre de las trabas que le ha impuesto la esclavitud. Noble, generoso, arrogante; gracioso en todos sus movimientos; vigoroso como la naturaleza espléndida que le rodea, arrebatado como el viento de aquellas vastas llanuras, no es sin embargo feroz, ni se le ve atacar á ningun otro animal, ni luchar sino para su defensa.

Reunidos en numerosas manadas, pastan la yerba que encuentran profusamente por todas partes, y complaciéndose en su mútua compañía, manifiestan una dulzura de costumbres que parece avenirse mal con su fuerza. Su ardor no se manifiesta ordinariamente sino por signos de emulacion que esplican algunos de sus actos en la domesticidad. Como si se ejercitaran en un juego, se escitan y procuran aventajarse en la carrera, y se acostumbran al peligro desafiándose á atravesar un rio, ó á saltar un barranco; y aquellos que en estos ejercicios naturales dan el ejemplo, los que van siempre los primeros, son los mas generosos, los mejores, y comunmente los mas dóciles y flexibles, cuando llega á domárseles.

El caballo ocupa el primer rango de una reducida pero noble familia de cuadrúpedos que los naturalistas llaman *solípedos* ó de un solo casco, porque no tienen mas que una uña cubierta de un tegumento córneo indiviso; y sin embargo, debajo de la piel y á cada lado del casco, se descubren dos protuberancias que pueden considerarse como los rudimentos de un dedo lateral. El estómago es sencillo. Los machos tienen tres especies de dientes comunes á los demás animales, á saber: los dientes de en medio ó *incisivos*, los *caninos* ó colmillos, y las muelas ó *dientes molares*: los caninos faltan en la mayor parte de las hembras.

Segun la calificación admitida por los zoólogos modernos, esta familia se compone del solo género *Equus*, que comprende seis especies:

1.^a *EQUUS ASINUS*, el asno; 2.^a *EQUUS CEBRA*, la cebra; 3.^a *EQUUS QUAGGA*, la cuaga; 4.^a *EQUUS BURCHELL*, la cuaga listada ó cebrada de los llanos; 5.^a *EQUUS HERMIONUS*, el cigitai del cabo de Buena Esperanza; 6.^a *EQUUS CABALLUS*, el caballo ordinario.

Nosotros vamos á ocuparnos solamente de este último.

El caballo se distingue de las demás especies del género *Equus*, por el desarrollo considerable de su pecho, de sus músculos, el vigor de sus miembros, la altura de la cruz ó parte superior del lomo, el largor de sus crines, y su voz fuerte y sonora. Es herviboro y busca con preferencia el grano procedente de ciertas gramíneas y leguminosas, tales como la avena, la cebada, el maíz, el arroz, las habas y guisantes. También se alimenta de raíces y de tubérculos y puede comer igualmente la carne. Prefiere el agua de los ríos á la estancada y al agua cruda de los manantiales. Su estómago es de una mediana capacidad, pero en cambio el vientre es muy grande, y aunque busca sin cesar la comida, puede soportar un largo ayuno, si bien en menor proporción que el asno, el mulo y sobre todo el camello. Puede reposar y dormir permaneciendo de pie.—A la edad de dos años está ya en estado de reproducirse, y á la de cinco ha alcanzado su mayor desarrollo.—El macho es mas fuerte que la hembra, y su temperamento mas ardiente, lo que le hace mas difícil de domar, si bien no es por esto menos adicto á su dueño, ni menos noble y geperoso con él. Su relincho es mas fuerte, mas sonoro y mas frecuente, y si bien al sufrir cierta operación pierde mucho de su ardor y de su fuerza, conserva la bastante para soportar toda especie de fatiga, y se hace mas dócil y tratable. La preñez de la yegua dura once meses, salvo algunas variaciones debidas al temperamento y á la clase de alimento. El potro nace con los miembros muy prolongados, lo que le permite alcanzar el pecho de su madre; y desde su nacimiento es ya bastante fuerte para poder correr al poco tiempo detrás de su madre, y al quinto ó sexto mes puede ser ya destetado y separado de ella sin inconveniente.

El cerebro del caballo es pequeño, pero deja ver suficientemente la sagacidad que caracteriza á este noble animal. El sentido de la vista está muy poco desarrollado en él, pero en cambio distingue los objetos en la oscuridad: posee apenas el sentido del tacto, á causa del espeso casco que rodea sus extremidades, y de esta doble falta del tacto y de la vista, procede el que se espante con tanta facilidad al aspecto de un objeto desconocido. El oído es en él muy bueno, porque la cavidad de la oreja se halla perfectamente dispuesta para reunir los sonidos lejanos.—Se complace en oír la voz del que le monta, y le agradan ciertos ruidos, tales como el de una música lejana y los clamores de la jauría, cuando se le ha acostumbrado á la caza, y á sus gritos de alegría y de triunfo.

Su memoria local es sorprendente: reconoce despues de un largo espacio el sendero que no ha recorrido mas que una vez, así como el sitio donde acostumbra á tomar el pienso, y la lejana fuente ó el estanque donde ha apagado su sed. Lo mismo que el camello, olfatea el agua de muy lejos, y este don precioso ha salvado mas de una vez la vida al viajero desfallecido.

El caballo ama las caricias y es susceptible de una gran adhesión. Los árabes que no castigan jamás á sus caballos y que los tratan como á sus propios hijos, deben muchas veces su vida á su cariño y á su fidelidad. El caballo del desierto, tan indómito por su excesivo ardor, cuando su dueño acaba de ser herido y desmontado, se detiene y aguarda á que haya podido levantarse; llama á su socorro por medio de sus relinchos; lo ampara contra el ardor del sol, y cuando llega la noche, se estiende á su lado al empezar á caer el rocío.

Agradecido á las muestras de bondad que se le dispensan, el caballo sigue como un perro á la persona que siempre le acaricia; pero difícilmente olvida los malos tratamientos, y sobre todo, cuando se le castiga sin motivo, no es extraño ver, aun pasado mucho tiempo, las pruebas de su rencor. Numerosos ejemplos podríamos citar de la memoria cruel de los caballos.

También son susceptibles de orgullo y de rivalidad, que se manifiesta, como todo el mundo

ha podido observarlo, en las procesiones triunfales, en las paradas y en las carreras, á campo abierto ó en el hipódromo, donde se ha visto á dos caballos, que habían desmontado á sus ginetes, seguir desenfrenadamente la carrera, redoblar su velocidad, y cerca ya del blanco, echarse el uno sobre el otro, estorbarse el paso, y hasta morderse con frenesí hasta alcanzar uno de los dos el triunfo.

(Se continuará.)

A UN AMIGO.

Desde estos Alpes postizos
de legajos y papeles,
donde me oculta una selva
hecha de hojas de espeditos,

Entre alegre y aburrido
te escribo así de repente,
que solo por no aburrirme
estoy á veces alegre.

Noticias pides curioso
que de la corte te cuente,
y aquí no sucede nada
de tanto como sucede.

Miéntese por las mañanas
y por las tardes se miente,
y mas que manos y piernas
la lengua es lo que se mueve.

Arreglânse las naciones
en cafés y gabinetes,
y por do quiera se aplaude
lo mas malo casi siempre.

Dices que en el campo gozas,
y lo creo facilmente,
que pájaros y poetas
son animales campestres.

¡El campo albergue tranquilo
de placeres inocentes,
donde el señor derramara
á manos llenas sus bienes!

¡Ay! miserables de aquellos
que buscan tristes placeres
donde el fuego aprisionado
para alumbrarlos se enciende.

Donde adornan de oro y seda
su desnudez las mujeres,
donde embozada en el guante
la amistad su mano tiende.

¿Que dorados artesones
que ornarán diestros pinceles
con la grandeza compiten
de la boveda celeste?

Mas que acordadas orquestas
el alma dulces conmueven
los gorjeos que las aves
junto á los cielos aprenden.

¡Oh rústicos pabellones
que la luz del sol convierte
en encantada techumbre
de esmeraldas transparentes!

Prados que alegráis los ojos
con ricas alfombras verdes
de florecillas bordadas
que embalsaman el ambiente.

¡Feliz quien al pie de un árbol
tranquilo admiraros puede,
que en sus altísimas ramas
á Dios su oración eleve.

En Madrid todo es mentira,
todo del revés se vuelve;
vivir se finge de día
y á la mañana se duerme.

Aquí las gotas de perlas
son lodo y charcos si llueve,
y el sol, en vez de esmeraldas
tabardillos nos ofrece.

Con himnos de Garibaldi
y otros tones inocentes
muchos pájaros no faltan
que en la calle nos obsequien.

¡Pájaros! aquí enjaulados
nacen y viven y mueren,
y ver, y aun eso entre hierros,
la calle tan solo pueden.

Y piensan que son dichosos
con que al sol su jaula cuelguen,
y Dios, al darles las alas,
les dió el cielo por albergue.

¡Los pájaros! ¡que felices
si al cazador no temiesen,
ellos, que no son Políticos
ni carteras apetece.

Si cantan es que publican
sus amores inocentes,
y es solo un grano de trigo
cuanto codician por bienes.

¡Ay! Madrid también es jaula
por mas que alegrarle intenten
con árboles miserables
con escuálidos parterres.

No te admire que por eso
temprano mi cama deje,
y una hora en el Retiro
busque de goces campestres.

Allí frescos bosquecillos
del sol la entrada defienden,
y cantan los ruiseñores
y hay fuentecillas y peces.

O en la cuesta de la Vega
deja otra vez que contemple
los campos donde guiara
el Santo Isidro sus bueyes.

Por ellos el Manzanares
sus mansos cristales tiende,
bruñida cinta de plata
que á trechos cortan los puen'es.

Al un lado el Guadarrama
que hunde en los cielos su frente,
con las nubes confundiendo
su cabellera de nieve.

Luego la casa del Campo,
donde altos álamos crecen
que moviéndose saludan
al alcazar de sus reyes.

Y las casas y jardines
de entrambos Carabancheles
cual bandada de palomas
que por el campo se estiende.

Y verdes prados en torno
que con púrpura enrojece
en caprichosas labores
las amapolas silvestres.

Y algun tren allá á lo lejos
parece negra serpiente
luciendo el blanco penacho
que sube y se desvanece.

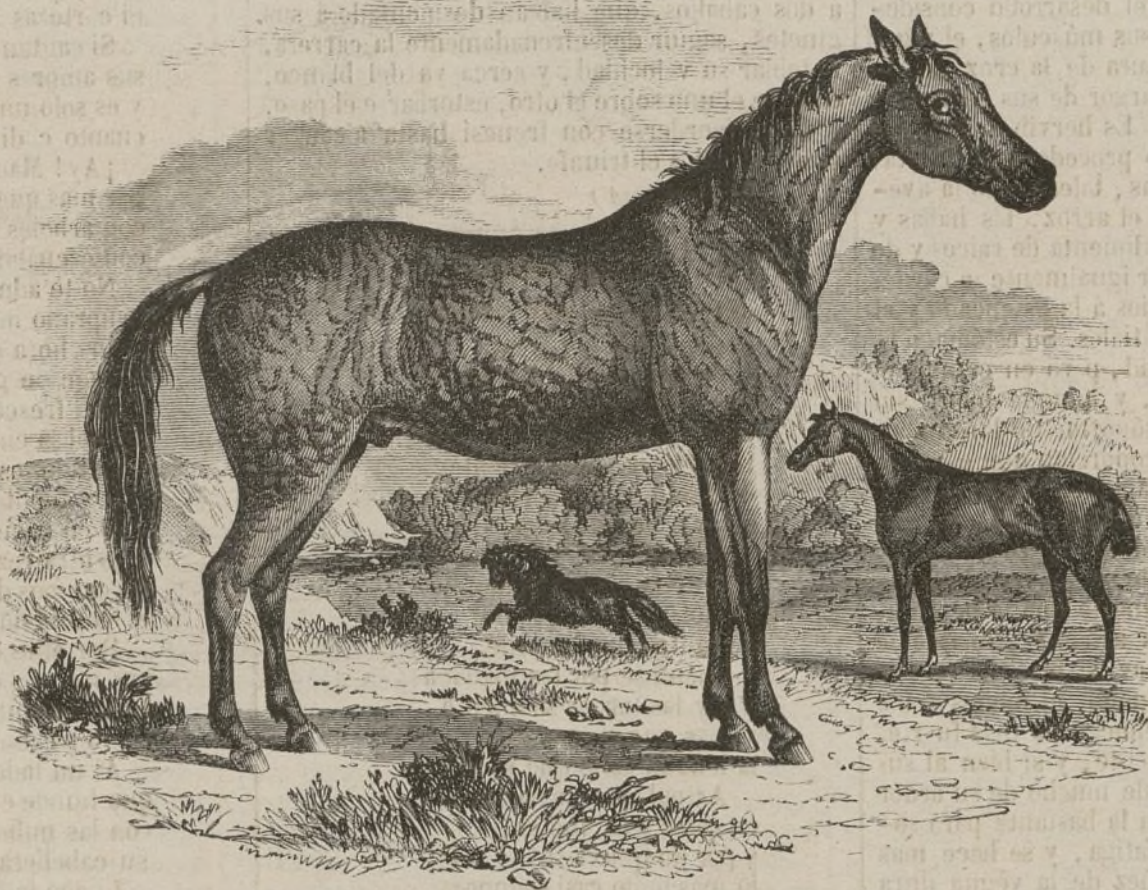
Tal cada día en el campo
disfruto momentos breves,
hasta que llega el instante
de aburrirme diariamente.

Así pues paso las horas
cuando el sol á vernos viene,
y evito que se apolillen
mis levitas y mi mente.

JOSÉ GONZÁLEZ DE TEJADA.

NOTICIAS Y CURIOSIDADES.

La obra recientemente publicada en Barcelona por el señor Milá y Fontanals, distinguido catedrático de aquella antigua universidad, llama cada vez mas la atención de los críticos y de los inteligentes. Con el título de *Los Trovadores de España*: «Estudio de lengua y poesía provenzal» no solo se ocupa el señor Milá y Fontanals de la lengua y poesía provenzales, de los Trovadores provenzales en España, de los Trovadores españoles en lengua provenzal, y de la lengua provenzal en España, sino que llena el vacío que se notaba en nuestra historia literaria nacional, no menos que en los orígenes de la particular de Cataluña. «Es cierto que en los orígenes de la historia moderna, dice el señor Milá en la misma lengua que, si bien modificada, hablamos todavía, hubo poetas, nuevos vates ó nuevos bardos, inspirados por brillantes sentimientos, armoniosos intérpretes, y parte esencial en alguna manera de un estado social, que embelesaran con sus cantos las generaciones contemporáneas, que premiaban con sus elegios las acciones gloriosas y que adoctrinaban á los poderosos. Si este hecho histórico debe ser bastante á excitar el interés y la sorpresa ¿de qué depende que no sea tanto como creyéramos al comenzar nuestros estudios, el entusiasmo con que los pro-

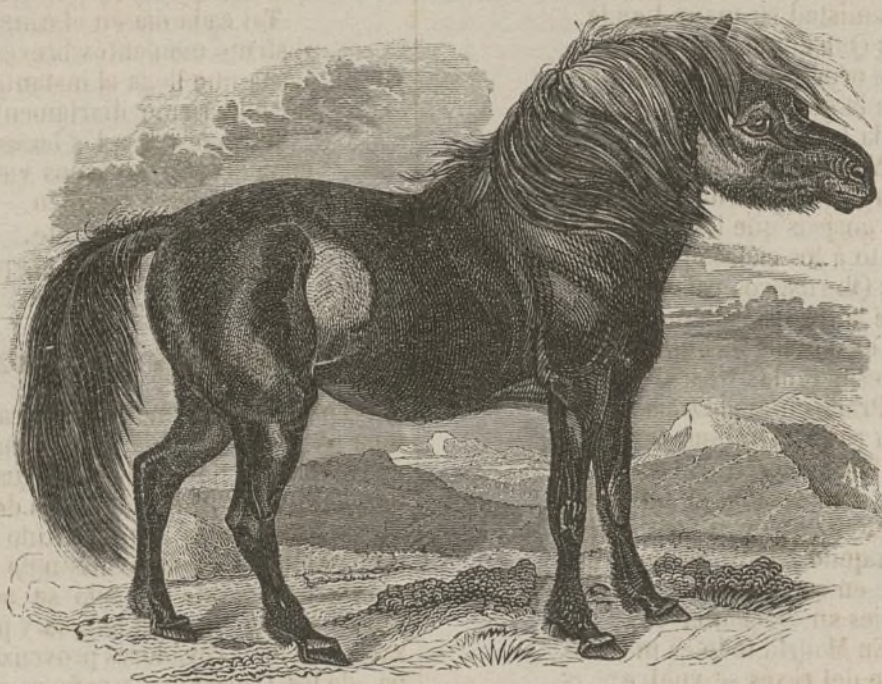


El caballo árabe y el caballo inglés.

seguimos y terminamos? No, en verdad, de las imperfecciones poéticas de las obras que aquella edad nos ha transmitido, sino de la atmósfera moral, que al aproximarnos á ellas respiramos.» En muchos puntos, aunque no siempre en los mas escabrosos, han servido de guía al autor la historia especial de Sainte Pelaye-Millot, de la cual, como de otros muchos

conocimiento de los testos originales. Por la parte histórica general ha consultado las obras de Vic-Vaissette, Zurita, Marca, Pujades, Pofarull, Felin, Romey, Monfar, Lafuente, Segur, Lila y Morel. Tan precioso libro, forma un volumen en 4.º de mas de 530 páginas, de excelente papel é impresion clara y elegante, debida al inteligente librero de Barcelona señor

que deben formar parte de la expedición científica al Pacífico, pues según los periódicos oficiales ha quedado constituida del modo siguiente: Señores don Patricio Paz Nembuela, jefe; don Fernando Amor, catedrático de historia natural de Instituto, agregado á la Universidad de Valladolid, segundo jefe; don Marcos Jimenez de la Espada, ayudante primero del Museo de ciencias naturales; don Francisco de Paula Martinez, ayudante interino de historia natural de la Universidad de Madrid, naturalistas colectores; don Bartolomé Puig, naturalista preparador de la Universidad de Barcelona, médico de la expedición y disecador; don Juan Isern, ayudante tercero del Museo de ciencias naturales, colector botánico, y don Rafael Fernandez de Moratin, fotógrafo. Es de sentir sin embargo, no solo que no se haya designado mayor número de individuos para una expedición que se supone lejana, no exenta de peligros y de alguna duracion, sino tambien que solo se hayan escogido naturalistas de que van cinco, no escogiéndose ningun hombre científico dedicado á otros ramos como, por ejemplo, á la geografía, á la astronomía, á la ethnografía, á la arqueología americana, etc., etc., y solo un fotógrafo, cuya falta, si acaeciere, dejaria á la expedición sin los interesantes auxilios que puede presentarla la fotografía.



El caballo de Neerlanda.

libros, ha tomado la parte científica, sin aceptar sus tendencias; Fauriel, crítico eminente, aunque algo sistemático, y Fray Diez, crítico sobrio y certero. Las colecciones impresas que en su lugar se citan, una visita á la biblioteca imperial de París en 1856 y las copias y extractos de manuscritos provenzales de la biblioteca vaticana, le han proporcionado un profundo

Verdaguer, y se halla de venta en la librería de la Publicidad, en esta corte y en sus correspondientes de provincias.

El SEMANARIO POPULAR estaba bien informado al indicar algunos nombres de los individuos

ESPLICACION

DE LA CLAVE ENIGMATICA DEL NUMERO ANTERIOR.

Una mujer hermosa agrada á los ojos; una mujer buena agrada al corazón: la primera es un dije, la segunda es un tesoro.

Napoleon.

Por todo lo no firmado J. GASPAS,
editor responsable.

ADVERTENCIA. Las suscripciones se hacen solo por un año ó por seis meses. —Las de año concluirán el último de febrero y las de seis meses á fin de agosto próximo. —Las reclamaciones por pérdida de un número, se atenderán solo durante los primeros 15 dias despues de su publicación.

PUNTOS DE SUSCRICION. MADRID: Librería de Gaspar y Roig, Príncipe, 4; de Matute, Carretas, 6; de Leocadio Lopez, Cármén, 29; de Cuesta, Carretas, 9; de San Martín, Victoria, 9; de Sanchez Rubio, Carretas, 31, Moro, Puerta del Sol; Duran, Carrera de San Gerónimo; Docharo, calle de Jacometrezo, 65, y en la Publicidad, pasaje de Mathieu.

En Provincias, Etranjero y Américas en casa de los correspondientes de los editores Gaspar y Roig, donde se suscribe á la BIBLIOTECA ILUSTRADA, y mandando libranzas ó sellos de Correos.

MADRID: Imp. de Gaspar y Roig.